Ciudad, patrimonio y poder simbólico: el Parque de Bolívar de Cartagena de Indias entre la cotidianidad y la declaratoria de Patrimonio de la humanidad

City, heritage and symbolic power: the Bolívar Park of Cartagena de Indias between everyday life and the declaration of World Heritage.

Alfredo J. Pérez-Caballero[1]
Fundación Universitaria Colombo Internacional – Cartagena, Colombia
aperez@unicolombo.edu.co

Sandra-Lorena Hidalgo-Arango[2]
Fundación Universitaria Colombo Internacional – Cartagena, Colombia
shidalgo@unicolombo.edu.co

Cómo citar/ How to cite: Pérez, A. & Hidalgo, S. (2026). Ciudad, patrimonio y poder simbólico: el Parque de Bolívar de Cartagena de Indias entre la cotidianidad y la declaratoria de Patrimonio de la humanidad. *Revista Saber, Ciencia y Libertad*, 21(2), 417 – 432. https://doi.org/10.18041/2382-3240/saber.2026v21n2.14356

Resumen

El presente articulo propone un análisis del patrimonio urbano como catalizador de imaginarios sociales, tomando como estudio de caso el Parque de Bolívar de Cartagena de Indias. Desde un enfoque interdisciplinario que integra lo histórico, lo sociológico y lo antropológico, se exploran los vínculos entre espacio, memoria, ciudadanía y poder simbólico. Se argumenta que el parque de Bolívar, más allá de su dimensión estética conmemorativa, funciona como un escenario de pedagogía ciu-

Fecha de recepción: 4 de abril de 2026
Fecha de evaluación: 22 de mayo de 2026
Fecha de aceptación: 14 de julio de 2026

Este es un artículo Open Access bajo la licencia BY-NC-SA
(http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/)
Published by Universidad Libre

1 Doctor en Estudios Sociales de América Latina por la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina). Doctor en Estudios de Posdoctorado por la Universidad Pablo de Olavide (España). Magíster en Historia del Mundo Hispánico por la Universitat Jaume I (España). Magíster en Educación por la Universidad de Cartagena (Colombia). Especialista en Filosofía del Derecho y Teoría Jurídica. Docente e investigador en las áreas de Ciencias Sociales, Humanidades, Filosofía del Derecho, Historia y Estudios Afrodescendientes.

2 Doctoranda en Estudios Sociales de América Latina, con énfasis en Socioantropología de la Educación. Magíster en Teoría Crítica. Licenciada en Filosofía y Letras. Docente e investigadora de la Fundación Universitaria Colombo Internacional (UNICOLOMBO).

dadana, mediación cultural y resistencia frente a la mercantilización del espacio público. A través de fuentes primarias (entrevistas, observación etnográfica y prensa local) y de diálogos con autores como Pierre Nora, Benedict Anderson, Cornelius Castoriadise Isaac Joseph, se muestra cómo este espacio urbano constituye un palimpsesto donde confluyen memorias coloniales, imaginarios republicanos y usos populares contemporáneos.

Palabras clave

Patrimonio urbano, memoria social, espacio público, ciudadanía, Cartagena de Indias, poder simbólico.

Abstract

This article proposes an analysis of urban heritage as a catalyst for social imaginaries, using Bolívar Park in Cartagena de Indias as a case study. From an interdisciplinary perspective that integrates historical, sociological, and anthropological approaches, the links between space, memory, citizenship, and symbolic power are explored. It is argued that Bolívar Park, beyond its commemorative aesthetic dimension, functions as a stage for civic education, cultural mediation, and resistance against the commodification of public space. Through primary sources (interviews, ethnographic observation, and local press) and dialogues with authors such as Pierre Nora, Benedict Anderson, Cornelius Castoriadis, and Isaac Joseph, it is shown how this urban space constitutes a palimpsest where colonial memories, republican imaginaries, and contemporary popular uses converge.

Keywords

Urban heritage, social memory, public space, citizenship, Cartagena de Indias, symbolic power.

Introducción

Lo primero que hay que señalar es que la ciudad debe ser entendida como un escenario y un actor active dentro de los procesos de transformaciones sociales que en ella conviven. En su vida cotidiana están aglutinados los imaginarios co-

lectivos, las tensiones de los diferentes sectores sociales, la huella del pasado y la proyección del futuro. Entendida desde el sentido del patrimonio material urbano, dista de ser un conjunto de simples objetos detenidos en el tiempo, es una red viva de símbolos y significados que articulan la identidad y la experiencia del ciudadano. En el caso de Cartagena de Indias, con el pasado colonial y la diversidad de significantes y significados se constituye en un laboratorio único para pensar en estas relaciones.

En el corazón de esta urbe, se erige la plaza mayor, el Parque de Bolívar, como un espacio en el cual converge la historia y la vida cotidiana, Ubicado entre la Catedral, El Palacio de la Inquisición y el Museo de Oro Zenú, se convierte en un espacio de confluencia entre el discurso oficial y las memorias subalternas. Bajo la mirada imperturbable de la estatua de Simón Bolívar se han escenificados actos cívicos, protestas, celebraciones, rituales religiosos y expresiones artísticas que dan cuenta de su importancia simbólica.

Este artículo se propone analizar el Parque de Bolívar como un espacio de mediación entre memoria, ciudadanía y poder, entendiendo que la forma en que se habita, regula y resignifica el lugar refleja las dinámicas de inclusión, exclusión y apropiación que atraviesan la ciudad contemporánea.

Marco teórico

Patrimonio urbano y memoria social

El patrimonio urbano no debe ser concebido solamente como un conjunto de edificaciones o monumentos constitutivos de la memoria histórica y/o estética de las sociedades. Tal como advierte Pierre Nora (1984), los lugares de memoria son espacios donde se condensan los recuerdos, mitos y símbolos que estructuran la identidad colectiva; lugares que pasan a tener un sentido en la medida en que las comunidades les dotan de afectos, narrativas y prácticas que reafirman o cuestionan su función.

Desde esta perspectiva, el Parque de Bolívar de Cartagena de Indias no es solo un “monumento verde” o un relicario de la república, es un archivo sensible de la memoria cartagenera, donde se entrelazan relatos reticulados de libertad, opresión, fe, comercio, arte y cotidianidad. La memoria urbana, no solo ocurre en la materialidad del espacio, sino en las prácticas que lo actualizan.

A su vez, Cornelius Castoriadis (1999) trabaja la noción de imaginarios sociales instituyentes como el conjunto de significaciones que una sociedad crea para darse sentido así misma. El patrimonio urbano, mucho más que reflejo del pasado, es un terreno dedisputa por la definición del presente y del futuro.

Los espacios públicos monumentales, plazas y parques, son, así, escenarios materiales en los que se actualiza ese imaginario nacional. La monumentalidad, por lo tanto, no es solo una cuestión de ornamento —ni tampoco una mera construcción del marco conmemorativo—: es una tecnología de la memoria que organiza calendarios cívicos, coreografías corporales y regímenes de visibilidad (banderas, estatuas, fechas patrias) a partir de los cuales los sujetos se reconocen como parte de un "nosotros" abstracto (Benedict, 1993). En parques como el de Bolívar, la nación también se hace sensible a través de recorridos, detenciones y miradas que instituyen una comunidad de sentimientos y expectativas.

Sin embargo, la ciudadanía no pasa únicamente por los ritos patrióticos: Henri Lefebvre (1968) y David Harvey (2012) han insistido sobre el hecho que el derecho a la ciudad no es sólo jurídico, sino es práctico y cotidiano: se ejerce cuando distintos colectivos — vendedores, músicos, estudiantes, turistas, movimientos sociales— reconfiguran los usos prescritos, desbordando la monumentalidad del semantismo adelante y ensayando otras economías de tiempo, de encuentro y de afecto. Los parques como, es el caso del de Bolívar son territorios de tensión entre la monumentalidad oficial y la vitalidad social: allí se negocia si el sitio es vitrina patrimonial, plaza de mercado simbólico, aula pública, foro político o escenario de ocio popular.

A este respecto, es importante señalar que al hablar de "apropiación" no equivale a celebrar cualquier ocupación. Para Lefebvre(1968), producir espacio implica transformar sus ritmos, signos y prácticas; para Harvey (2012), disputar el espacio común conlleva interrogar las lógicas de acumulación que lo mercantilizan. Así, cuando la conservación patrimonial deviene de la practica turística, el riesgo es que el parque se convierta en "pasarela" de consumo, con regulaciones que se desplazan a quienes no encajan en el "perfil" esperado, reproduciendo un capital social "turístico". El derecho a la ciudad reclama, entonces, políticas que no solo mantengan el pedestal y la placa, sino que garanticen hospitalidad urbana, negociación de diferencias y accesibilidad material y simbólica.

Si el espacio público no es un escenario neutro sino un campo de micro regulaciones donde se ejercen control y creatividad. Las "partituras" urbanas (normas, letreros, barreras, presencia policial, códigos tácitos) disciplinan, pero nunca saturan el guion, siempre queda margen para la improvisación, para la cortesía y para la astucia del transeúnte.. En un parque monumental, la cordialidad se percibe en el contrapunto entre protocolos oficiales (ceremonias, desfiles, actos conmemorativos) y prácticas espontáneas (lecturas al aire libre, conversaciones, comercio ambulante, performances). La ciudadanía, en consecuencia, se vuelve una práctica performativa: se actúa y se aprende en la fricción entre regulación y uso, entre homenaje y cotidiano.

Desde esta perspectiva, el Parque de Bolívar de Cartagena de Indias es un laboratorio de urbanidad: un espacio donde coexisten —y a veces colisionan— memorias heroicas y sociabilidades presentes. Lo que está en juego no es solamente la preservación de un hito, sino la producción democrática del común: la posibilidad de que el parque sea a la vez archivo de la nación, aula de ciudadanía y taller de invención urbana. En esa polifonía de tiempos y prácticas descansa la fuerza política del espacio público: no como decorado de la nación, sino como condición de su reinvención cotidiana.

Metodología

El presente estudio se inscribe en un enfoque cualitativo y etnográfico, orientado a comprender las significaciones que los sujetos atribuyen al espacio urbano. Se realizaron observaciones no participantes durante seis meses en diferentes franjas horarias y días de la semana, con registro de notas de campo, fotografías y grabaciones de ambiente.

Asimismo, se llevaron a cabo entrevistas semiestructuradas con usuarios frecuentes del parque (vendedores, turistas, músicos, adultos mayores, guías turísticos y funcionarios de cultura). También se revisó prensa local de los últimos veinte años, con el fin de identificar narrativas mediáticas sobre el lugar.

Resultados y discusión

El Parque de Bolívar: espacio, historia y capas de memoria

El actual Parque de Bolívar se erige un lugar cargado de historia: Durante la Colonia, estuvo marcado por la presencia de la Inquisición, símbolo del poder eclesiás-

tico y del control moral. Posteriormente, con la independencia, ese mismo espacio fue resignificado como plaza republicana y escenario de pedagogía cívica. La instalación del monumento a Simón Bolívar en 1896 selló la transición simbólica del terror al heroísmo, del dogma a la libertad. Ese giro no es lineal ni definitivo: como advierte Anderson (1993), la nación se imagina a sí misma a través de rituales, símbolos y relatos que necesitan soportes materiales. El parque, como soporte, deviene operador semiótico de esa comunidad imaginada, pero nunca clausura las capas previas que lo habitan.

Sin embargo, esta "nueva" identidad republicana no borró completamente las huellas anteriores. El parque conserva, bajo su traza actual, la memoria de la violencia inquisitorial y de la resistencia de los cuerpos que la padecieron. La textura del lugar funciona como palimpsesto urbano: superficie reescrita donde insisten sombras, silencios y recuerdos. La monumentalidad republicana convive con la memoria subterránea del castigo; la épica libertaria dialoga —a veces sin querer— con los ecos del control y del dolor. En esa coexistencia, el espacio no es un simple contenedor sino una gramática en tensión.

En este sentido, la noción de "lugar de memoria" que refiere Nora (1984) se amplía: en el caso del Parque de Bolívar, ya que este espacio no solo conmemora la libertad, sino que también conserva la memoria de la opresión. Su valor radica precisamente en esa ambigüedad: es a la vez santuario y foro, altar y plaza, monumento y mercado. A este respect cabe mencionar que los "lugares de memoria" existen porque hay carencia o disputa de memoria viva; por eso requieren rituales, objetos y escenificaciones que la sostengan (Nora, 1984). Pero cuando el pasado es plural y conflictivo, el lugar no fija un significado único: aloja relatos disonantes y habilita lecturas que oscilan entre el homenaje y el duelo, la pedagogía cívica y la crítica.

Desde la perspectiva del "derecho a la ciudad," Lefebvre (1968) y Harvey (2012) subrayan que la ciudadanía no se agota en la contemplación monumental ni en la celebración programada. Se realiza en la apropiación creativa del espacio y en la capacidad de disputar los criterios que definen lo visible, lo audible y lo legítimo. En el Parque de Bolívar, esa disputa adopta formas materiales (mobiliario, señalética, cámaras, barreras), normativas (reglamentos de uso, permisos) y simbólicas (relatos históricos en competencia). Por su parte cuando la memoria republicana se traduce en marca patrimonial y producto turístico, emerge el riesgo de folclorizar el pasado y desplazar prácticas que no encajan en la escenografía espera-

da. Defender el derecho a la ciudad implica, entonces, abrir el parque a múltiples pedagogías: la del héroe y la de los anónimos, la del acto oficial y la del cuidado cotidiano.

Monumentalidad, pedagogía cívica y poder simbólico

La estatua ecuestre del Libertador organiza visual y simbólicamente el parque. Su pedestal elevado, su eje central y su orientación axial son elementos que configuran una gramática del poder republicano. En torno a ella se articulan los actos conmemorativos y los rituales patrióticos que actualizan la comunidad imaginada (Anderson, 1993). La centralidad no es solo geométrica: es afectiva y narrativa. El bronce y la piedra producen un foco de atención que concentra miradas, ordena desplazamientos y establece jerarquías de lo visible —qué merece ser visto, desde dónde y por cuánto tiempo—. Así, el monumento vertebra una dramaturgia cívica que, al repetirse, sedimenta pertenencias.

Así, la monumentalización de Bolívar (1896) no clausura la memoria inquisitorial: la pone en relación. La estatua, eje de una narrativa heroica, dialoga con una topografía afectiva que recuerda el sufrimiento y la resistencia. En términos andersonianos, la comunidad imaginada se actualiza no solo en el homenaje al Libertador, sino también en el reconocimiento de las sombras que persisten bajo el bronce (Anderson, 1993). Y en clave de Nora (1984), el parque es "lugar de memoria" precisamente porque condensa archivos materiales, rituales cívicos y usos sociales que exceden cualquier versión única del pasado.

Ese carácter palimpséstico produce un aprendizaje cívico específico: comprender que el patrimonio no es únicamente herencia gloriosa, sino también archivo de heridas; que la libertad que se celebra en el pedestal se vuelve más densa cuando se la confronta con los regímenes de control que lo precedieron. El parque enseña —sin aula cerrada— que la democracia es una práctica de edición permanente del espacio común: seleccionar, superponer, corregir y anotar al margen. En esa práctica, las memorias minoradas recuperan voz y las hegemonías narrativas encuentran límites.

En este sentido, asumir el Parque de Bolívar como santuario y foro, y plaza, monumento y mercado no es una paradoja por resolver, sino un horizonte de gestión urbana y cultural. Se trata de diseñar dispositivos que reconozcan la pluralidad de memorias (Nora, 1984), habiliten la apropiación ciudadana (Lefebvre, 1968;

Harvey, 2012) y cuiden la coralidad de las interacciones (Joseph, 1999). Esto supone políticas de mediación cultural, señalización interpretativa que no oculte el pasado colonial, implica el diseño de regulaciones proporcionales y hospitalarias, y programas que conecten la conmemoración con los usos cotidianos. Solo así el parque seguirá siendo, a la vez, archivo y acontecimiento: memoria que se recuerda y ciudad que se inventa.

Sin embargo, la grandiosidad de un monumento también nos guía en cómo observar e interactuar con él. Tal como explica Burke (2010), los monumentos funcionan como herramientas para recordar que moldean la conducta cívica: indican dónde parar, qué detalles notar y cuándo guardar silencio o demostrar aprobación. En el Parque de Bolívar, esta influencia se manifiesta como una serie de instrucciones implícitas sobre cómo actuar: levantar la vista hacia la escultura, caminar alrededor de la base, detenerse frente a la inscripción y aplaudir durante la ceremonia. En consonancia con lo que plantea Burke (2010), la forma en que aprendemos a recordar no es teórica; se manifiesta en las posiciones que adoptamos, los ritmos que seguimos y los movimientos que el entorno nos sugiere y la costumbre refuerza.

No obstante, esa enseñanza sobre la ciudadanía se mezcla con actos más informales: visitantes tomando fotos, niños disfrutando y comerciantes charlando. En lugar de restarle importancia al significado del monumento, estas acciones lo realzan. Siguiendo la idea de Anderson, la colectividad que imaginamos no solo se recrea en actos oficiales, sino también en pequeños actos diarios que reafirman la identidad: la foto en grupo, la explicación guiada, la coincidencia que repite el nombre del héroe (Anderson, 1993). Lo solemne coexiste con la diversión sin que una cosa opaque a la otra; más bien, se complementan como niveles de un mismo aprendizaje en la ciudad.

Esta mezcla entre lo formal y lo común puede interpretarse también como un "derecho a la ciudad": la escultura impone un orden, pero las personas lo modifican; la avenida principal guía, pero los caminos alternativos expanden las posibilidades de uso. El control descrito por Burke (2010) no funciona aisladamente: encuentra fronteras y cambios en las acciones de los que viven el parque. Así por ejemplo, cuando un grupo de estudiantes discute bajo la sombra de la base o cuando un comerciante pone su negocio en un lugar clave, la lógica del monumento se entiende, no solo se respeta. La ciudadanía, por lo tanto, se adquiere obedeciendo y compartiendo: por normas y por pactos específicos.

Es así como, la escultura no solo estructura el parque, sino que también facilita su comprensión. Su eje principal, su base y su posición crean una gramática visual de la república, organizando eventos y emociones. Sin embargo, esta gramática está sujeta a la interpretación de la gente: las personas la reinterpretan, la extienden y, en ocasiones, la desafían. De esta interacción surge un aprendizaje diverso del espacio colectivo, donde ser ciudadano implica tanto participar en ceremonias como coexistir en comunidad. La historia se preserva y, al mismo tiempo, se difunde; el monumento se venera y, a su vez, se utiliza (Anderson, 1993; Burke, 2010; Joseph, 1999).

Desde una perspectiva minúscula, la "sinfonía" de la existencia urbana que Joseph (1999) retrata nos facilita la comprensión de cómo se gestionan estos escenarios. No existe un guion único: la formalidad solemne y la espontaneidad diaria convergen, las indicaciones que solicitan silencio y las risas de los infantes, la formación organizada del desfile y el desvío imprevisto del peatón con prisa. El monumento establece un ritmo, pero la urbe incorpora melodías contrastantes. Dentro de esa armonía diversa, el respeto por el recuerdo no demanda la exclusión de lo mundano; requiere armonizarlo, aceptar su contribución a la energía del dominio colectivo.

Considerando cómo las personas recuerdan y comparte la historia, esta mezcla genera algo positivo: el héroe no se queda solo como una estatua, sino que vive en historias, imágenes y charlas que mantienen vivo el sentido del sitio. La foto que toma un turista no es algo malo en sí; puede ser una forma de compartir y hacer propio el lugar, un pequeño acto para recordar. Los niños jugando no faltan el respeto, sino que unen el recuerdo con lo que se siente al estar en el parque. De esta forma, el monumento se abre a todos: permite que se hagan distintas cosas allí sin perder su valor como símbolo (Burke, 2010; Anderson, 1993).

Usos, apropiaciones y conflictos cotidianos

El trazado cruciforme, las bancas, los senderos y las fuentes no son elementos neutros: son dispositivos de regulación. Puesto que definen trayectorias, jerarquizan posiciones y orientan interacciones. Así, la materialidad del diseño actúa como una sintaxis que distribuye la atención y el tiempo: el cruce central concentra encuentros, los bancos alinean miradas y conversaciones, las fuentes marcan umbrales de pausa y cuidado, y los senderos prescriben ritmos de circulación. En términos lefevrianos, el espacio se produce mediante una triada de prácticas, re-

presentaciones y usos que, aun cuando parezcan "naturales", codifican conductas y expectativas (Lefebvre, 1968). Pero esa codificación no es definitiva: el parque se reconfigura constantemente a través de las prácticas de quienes lo habitan, que "leen" y reinterpretan la sintaxis con inflexiones propias (Harvey, 2012).

La manera como se evidencia lo anterior, en el parque de Bolívar es que aquellos que tocan la tambora, los limpiabotas, quienes leen el tarot, los pensionados y los religiosos evangélicos crean un orden espontáneo en la ciudad (Joseph, 1999) que se fundamenta en reglas no escritas de consideración, horarios y espacios. Esta "sinfonía colectiva" se mantiene gracias a pactos contextuales: el tamborilero disminuye el sonido cuando se lleva a cabo una ceremonia; el betunero evita obstaculizar el camino hacia la pila; la adivina coloca su puesto en un rincón sombreado donde no dificulta el tránsito; el adulto mayor ofrece su lugar a quien lo requiere; el orador adapta su discurso a los momentos de silencio del ambiente (Joseph, 1999).

En este punto habria que señalar que esta interacción no ocurre sin problemas: surgen desacuerdos por el nivel del volumen, roces con las autoridades, batallas por el uso del área para comercio o arte en la vía pública. Estas fricciones evidencian la utilidad del choque urbano: descubren los límites de lo aceptable, perturban la apariencia "organizada" del parque y fuerzan a replantear normas implícitas y declaradas. Según Harvey (2012), son instantes donde el "derecho a la ciudad" se manifiesta como demanda real frente a mecanismos que, bajo la apariencia de la protección o la seguridad, podrían reducir el uso común. Para Lefebvre (1968), allí se comprueba que el espacio conceptual —ordenado, diseñado— solo se convierte en espacio real cuando las personas lo presionan, lo ocupan y lo debaten.

Más allá de ser un "estorbo" inoportuno, estas presiones actúan como métodos de ajuste social. Los pactos no escritos — "no incomodar al visitante", "no usar la fuente", "permitir el tránsito"— mantienen una armonía que, aunque delicada, refleja una ciudadanía práctica.

Tal ciudadanía no se adquiere solo en actos formales ni en libros de cortesía, sino en la práctica cotidiana: en la acción de mover la silla, bajar el tono, cambiar el puesto, atender un reclamo, acordar un horario. Joseph (1999) ayuda a entender que el espacio común no es un entorno ideal, sino un ámbito de diálogo continuo donde el dominio y la inventiva convergen en pequeñas normas adaptables.

Además de las interacciones sociales, el factor tiempo acentúa su maleabilidad. Por las mañanas, su forma de cruz facilita tanto el tránsito veloz como momentos de calma; a mediodía, la sombra de las ceibas transforma algunos puntos en espacios de convivencia; al caer la tarde, el parque se transforma en un escenario y mercado simbólico, donde músicos y vendedores se adueñan de "espacios" no previstos. El mismo banco adquiere significados diversos según la hora y las costumbres del entorno. En clave andersoniana, la comunidad imaginada revive en estos pequeños rituales constantes —el saludo, la pausa, la foto— que generan un sentido de pertenencia sin necesidad de formalismos (Anderson, 1993).

La acción de las instituciones —policía, gestión, servicios de limpieza, guías— suma un nivel más a la negociación. Si la normativa respeta la autoorganización y reconoce la diversidad de usos, el diseño resulta acogedor: las herramientas de control acompañan, no excluyen; la señalización informa, no atemoriza; las campañas de cuidado se sincronizan con los ritmos del lugar. Por el contrario, si la gestión prioriza la imagen del patrimonio sobre el uso habitual, el parque puede convertirse en un mero decorado, perdiendo su esencia. Por ello, el balance entre lo monumental y la vida social no es algo fijo, sino una mediación constante (Burke, 2010; Joseph, 1999; Harvey, 2012; Lefebvre, 1968).

De esta manera, el diseño, los bancos, los caminos y las fuentes crean un lenguaje del encuentro; los usuarios del parque lo transforman, cada día, en una realidad palpable. Entre el diseño y la práctica surge un espacio donde se experimenta la ciudadanía: una ciudadanía que se construye con pactos implícitos, se cuestiona con conflictos y se valida en la experiencia colectiva de mantener —y renovar— lo común (Anderson, 1993; Joseph, 1999; Lefebvre, 1968; Harvey, 2012).

Turistificación, resistencia y gestión de lo común

El centro histórico de Cartagena de Indias ha sido objeto de intensos procesos de turistificación y mercantilización. Las plazas circundantes —como la de San Pedro o Santo Domingo— han sido colonizadas por terrazas de restaurantes y espectáculos nocturnos. En contraste, el Parque de Bolívar conserva un carácter más vecinal y democrático. En términos de Néstor García Canclini (1990), puede decirse que el parque funciona como una frontera simbólica entre la lógica del espectáculo —que convierte el patrimonio en escenografía de consumo— y la lógica del encuentro ciudadano —que lo sostiene como ámbito de interacción y reconocimiento mutuo—. Esa condición fronteriza no elimina el conflicto, pero lo enmarca: regula

la penetración de lo comercial, habilita la circulación de lo cotidiano y confiere al lugar una cualidad de "umbral" donde se decide, día a día, qué patrimonializar y qué mercantilizar (García Canclini, 1990).

Uno de los aspectos a destacar es la relativa apertura del parque —su acceso libre, la ausencia de concesiones comerciales masivas y la persistencia de usos diversos— le otorgan una resistencia singular frente a la privatización del patrimonio. No es un "vacío" desregulado, sino un espacio con reglas de hospitalidad que priorizan la permanencia breve, la sombra compartida, el descanso y la conversación. En clave de David Harvey (2012), esto puede leerse como un ejercicio del derecho a la ciudad: la afirmación de que el valor del espacio no se agota en su rentabilidad, sino en su capacidad de sostener vínculos y posibilitar la reproducción ampliada de la vida urbana. La monumentalidad, lejos de expulsar lo común, se vuelve soporte de prácticas que no pasan por la compra: mirar, recordar, hablar, esperar.

Desde la perspectiva de Silvia Federici (2020), el parque opera como infraestructura del común en un sentido específico: allí se realizan trabajos de cuidado invisibles —cuidar a un niño mientras corre, acompañar a un mayor que toma el fresco, ofrecer agua, prestar atención al extraño— que sostienen la vida colectiva sin mediación mercantil. El "tiempo de banco" y el "tiempo de sombra" son economías de cuidado que no contabiliza el mercado, pero que resultan indispensables para la salud del tejido social. En esa clave, sentarse a conversar, compartir música o simplemente estar devienen micro actos de resistencia frente al capital urbano, que tiende a convertir toda permanencia en consumo y toda reunión en espectáculo (Harvey, 2012; Federici, 2020).

El contraste con plazas fuertemente mercantilizadas ilumina lo que el Parque de Bolívar enseña: que el patrimonio no se preserva solo mediante normas de conservación, sino mediante usos sociales que lo mantienen vivo. La "vitalidad cotidiana" —diversa, conflictiva y creativa— actúa como un régimen de conservación por uso. Un parque habitado por lectores, jubilados, escolares, músicos y vendedores ocasionales genera una trama de atenciones y reconocimientos que protege al lugar más eficazmente que una valla o un edicto. En términos de García Canclini (1990), esa vitalidad rearticula las "hibridaciones" entre culturas populares, ciudadanas y turísticas, sin que lo turístico anule lo vecinal.

Ahora bien, la condición de frontera exige gobernanza fina. La resistencia del parque a la privatización no es un rasgo natural; es el resultado de acuerdos, re-

gulaciones y micro políticas que equilibran hospitalidad y cuidado del bien común. Cuando esa gobernanza se inclina hacia la lógica del espectáculo —por ejemplo, introduciendo equipamientos que anclan consumos obligatorios o eventos que saturan sonidos y flujos— la balanza se desplaza y el umbral se corre. Por el contrario, cuando se refuerza la infraestructura blanda del común —sombras, bancas móviles, bebederos, baños públicos, señalética de usos compartidos, mediación cultural— se robustece la capacidad del parque para sostener encuentros no mercantilizados (Harvey, 2012; Federici, 2020).

El Parque de Bolívar, en suma, demuestra que el "valor patrimonial" no se reduce a autenticidad histórica o a rendimiento turístico, sino que incluye la potencia de producir ciudadanías situadas. Como frontera simbólica (García Canclini, 1990) y como infraestructura del común (Harvey, 2012; Federici, 2020), el parque condensa una pedagogía urbana: que el espacio público es más que un decorado, es un bien relacional cuya permanencia depende de prácticas de cuidado, de negociación y de acceso abierto. Su permanencia —lejos de ser un mero efecto de la restauración— se garantiza en la repetición de gestos cotidianos que rehúsan convertir toda presencia en transacción y toda memoria en mercancía. Allí radica su singularidad y su promesa: ser un lugar donde el patrimonio y la vida común se sostienen mutuamente.

Conclusiones

A manera de conclusión, el análisis del Parque de Bolívar de Cartagena permite comprender el patrimonio urbano como un proceso dinámico de construcción social, donde convergen memoria, poder y ciudadanía. Su historia, marcada por la superposición de significados —de la Inquisición a la República, de la solemnidad al bullicio—, evidencia que los lugares patrimoniales no son objetos inertes, sino escenarios vivos de disputa simbólica. En clave andersoniana, el parque actualiza, en cada ritual y microrritual, una comunidad imaginada que nunca está cerrada (Anderson, 1993); en clave de Nora, condensa capas de memoria que coexisten y se interpelan (Nora, 1984); y, siguiendo a Joseph, se gobierna en una "obra coral" de reglas tácitas y negociaciones situadas (Joseph, 1999).

Como laboratorio de urbanidad, el parque muestra que la ciudadanía no es sólo estatus legal, sino práctica performativa: se aprende en el uso compartido de la sombra, en la cortesía del paso, en la escucha y en la modulación del ruido. Es, por tanto, un aula abierta donde se ensayan formas de coexistencia que hacen inteligi-

ble —y habitable— la ciudad. Desde Lefebvre (1968) y Harvey (2012), esto equivale a afirmar el derecho a producir y apropiarse del espacio, no como consumo de un decorado, sino como coautoría de un bien común. Y desde Burke (2010), la monumentalidad no anula esa coautoría: la coreografía cívica que propone la estatua se completa —y se corrige— con la improvisación cotidiana.

Defender el Parque de Bolívar implica preservar no solo su materialidad, sino su función social. Ello supone políticas patrimoniales que reconozcan la centralidad del uso ciudadano y que midan el valor del patrimonio por su capacidad de producir comunidad. Concretamente: (1) gobernanza participativa con comités de usuarios diversos — vendedores, residentes, cuidadores, guías, músicos— para acordar horarios, intensidades sonoras y circuitos; (2) infraestructura blanda del común —sombras, bancas móviles, bebederos, baños públicos, señalética de hospitalidad— que reduzca la necesidad de "comprar" para permanecer (Harvey, 2012; Federici, 2020); (3) mediación cultural que haga explícita la condición palimpséstica —dispositivos interpretativos que narren tanto la memoria republicana como la inquisitorial— (Nora, 1984); y (4) criterios de control proporcionados, enfocados en el cuidado y no en la expulsión, atentos al auto-orden vecinal (Joseph, 1999).

Esta defensa exige también métricas alineadas con esa función social. Más allá de los conteos de turistas o de la renta comercial, conviene monitorear indicadores de convivencia y acceso: diversidad de usos por franja horaria; tiempos promedio de permanencia no mercantil; percepción de seguridad sin estigmatización; equilibrio entre eventos solemnes y actividades espontáneas; accesibilidad para niñas, niños, mayores y personas con discapacidad; y calidad micro climática (árbolado, sombra efectiva, confort térmico). Tales métricas permiten verificar que el parque siga siendo frontera simbólica entre espectáculo y encuentro ciudadano, en el sentido de García Canclini (1990): un umbral donde lo público no se diluye en mercancía.

En tiempos de turistificación intensiva, el parque recuerda que lo público no es un residuo del mercado, sino su límite ético. Ese límite no opera como un "no" abstracto, sino como un "sí" a prácticas de cuidado y reproducción de la vida que el mercado no puede —ni debe— monopolizar (Federici, 2020). La foto turística, el acto cívico, la lectura solitaria y el juego infantil pueden convivir si la gobernanza sitúa el cuidado por encima de la captura comercial: se trata de "hacer lugar" a la pluralidad, no de museificarla ni de rentabilizarla sin más.

La monumentalidad, en este marco, no debe ser entendida como simple ancla del pasado, sino como soporte para la hospitalidad presente. En términos de Burke (2010), los monumentos son tecnologías de memoria: su potencia democrática depende de cómo se los programa socialmente —qué relatos habilitan, qué presencias legitiman, qué silencios interpelan—. Cuando el pedestal convive con bancos, agua, sombra y mediación, la memoria se vuelve experiencia compartida; cuando se lo blinda contra la vida cotidiana, deriva en escenografía frágil.

En suma, el Parque de Bolívar enseña que el patrimonio se preserva usándolo bien: con conflicto gestionado, con acuerdos revisables, con cuidados distribuidos. Su vitalidad cotidiana —diversa, conflictiva y creativa— es la verdadera garantía de su permanencia. Defenderlo es defender una idea exigente de ciudad: aquella donde el espacio común se produce entre todos, la memoria se cuenta desde múltiples voces y la ciudadanía se ejerce no sólo en los desfiles, sino también en la sombra compartida, la conversación y el gesto mínimo de ceder el paso (Anderson, 1993; Nora, 1984; Lefebvre, 1968; Harvey, 2012; Burke, 2010; García Canclini, 1990; Joseph, 1999; Federici, 2020).

Bibliografía

Anderson, B. (1993). Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. Fondo de Cultura Económica.

Burke, P. (2010). Historia y teoría social. Alianza Editorial.

Castoriadis, C. (1999). La institución imaginaria de la sociedad. Tusquets. • De

Angelis, M. (2017). Omnia sunt communia: On the commons and the transformation to postcapitalism. Zed Books.

Federici, S. (2020). Reencantar el mundo: El feminismo y la política de los comunes. Traficantes de Sueños.

García Canclini, N. (1990). Culturas híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad. Grijalbo.

Harvey, D. (2012). Ciudades rebeldes: Del derecho a la ciudad a la revolución urbana. Akal.

Joseph, I. (1999). El transeúnte y el espacio urbano: Elementos para una teoría de la interacción en el espacio público. Gedisa.

Lefebvre, H. (1968). El derecho a la ciudad. Península.

Mattei, U. (2013). Bienes comunes: Un manifiesto. Trotta.

Nora, P. (1984). Les lieux de mémoire. Gallimard.

Ricoeur, P. (2000). La memoria, la historia, el olvido. Trotta.

Zallo, R. (2011). Economía de la cultura y la comunicación. Akal.